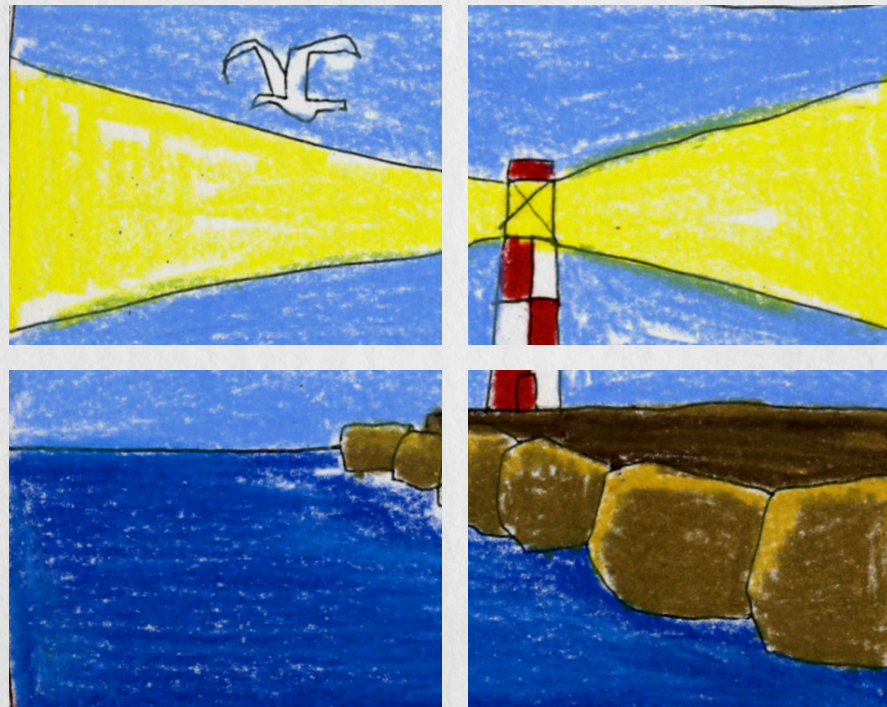


Maria Elena Sánchez Álvarez
HABITACIÓN CON VISTAS AL MAR



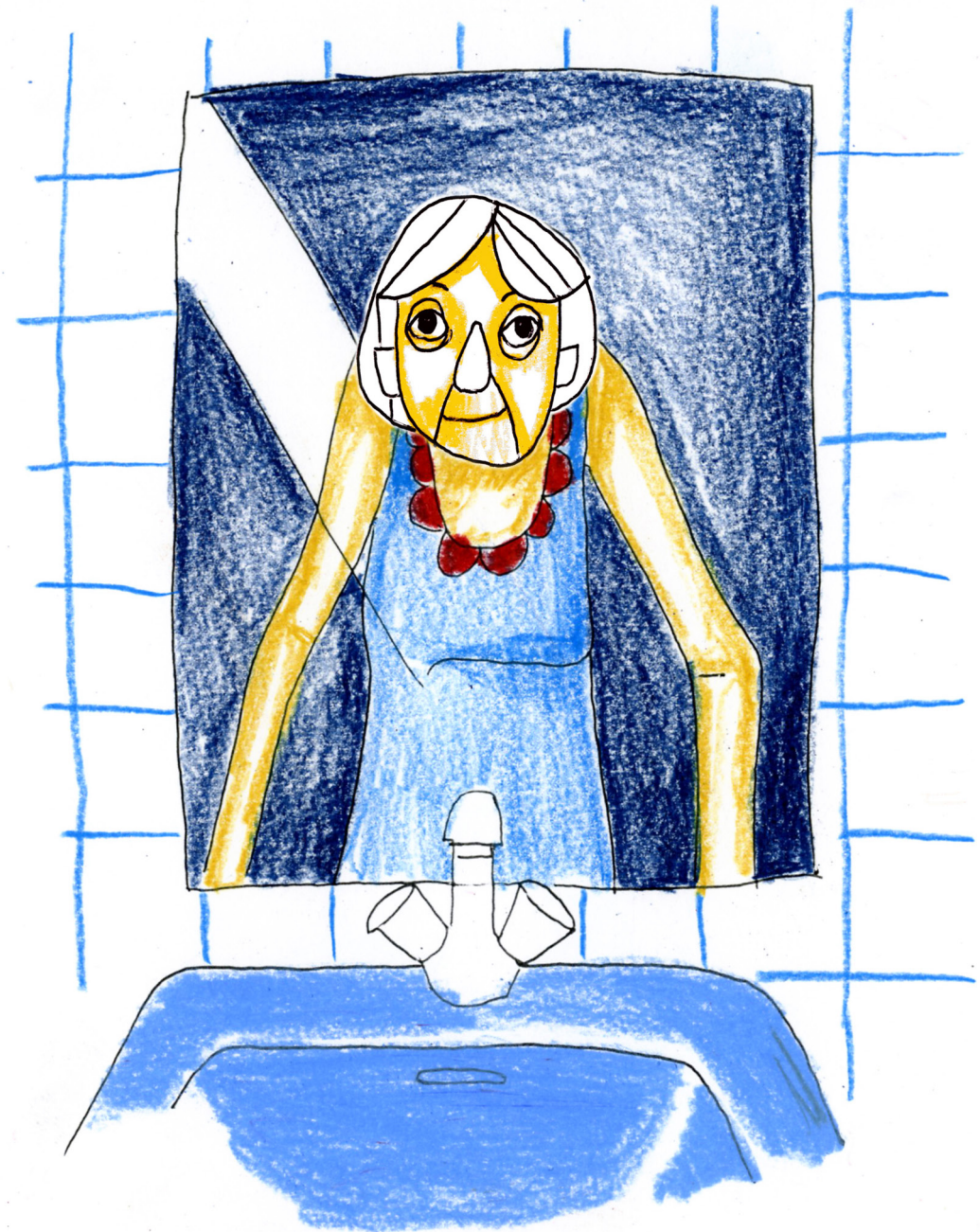


Con la monotonía que viste sus días, se dirige con pies de pato a la cocina, coge la leche, la echa en el hervidor y la pone a calentar sobre el fuego de uno de los quemadores. Se asegura de que el cazo quede bien asentado. Su base bombeada ha perdido estabilidad, como le ocurre a ella. Sus piernas ya no obedecen a sus deseos. Extiende sobre la mesa una servilleta de tela, con los flecos deshilachados, a modo de tapete, compañera de otras cinco que hacen juego con la mantelería que ya no espera invitados. Todavía conserva, en los cajones del viejo aparador, un par de manteles pequeños que ya no usa, no porque le importen las manchas que sobreviven en ellos, sino por desidia. Un plato, una taza, una cuchara, el azucarero, un frasco de café descafeinado y dos galletas de avena, huérfanos de nombre propio, es todo lo que tomará para comenzar el día. Eso, y las pastillas para el corazón, la tensión, el colesterol... Hace tiempo que prefiere los desayunos, comidas y cenas que le sirven cuando se aloja en otras habitaciones que no son la suya.

Se acerca a la cocina, apaga el fuego, coge el puchero, se sirve la leche, después lo deposita en el fregadero para que acompañe al resto de platos sucios que quedaron de la noche anterior, quizás también de la comida. Se sirve una cucharada de azúcar, otra de café, lo remueve y, moja la primera galleta, después la segunda y última. Una amarga y eterna soledad pone el sabor a sus menguados desayunos.

Cuando termina, mira el reloj que cuelga de la pared, donde una nueva grieta parece buscar su destino: las nueve y media. ¡Qué lento acontece el tiempo! Va hacia el cuarto de baño, se enjuaga la boca, se pone la dentadura, se mira al espejo. No ve nada nuevo, todo le es familiar, sus cabellos canosos, las arrugas de su cara, la mirada velada. Prefiere no acordarse de aquella joven alegre y extravertida, de pelo castaño ondulado, de cuerpo redondeado que disfrutaba nadando en las frías aguas junto al dique, frente al Castillo de San Antón.

Se quita la bata, el camisón y el resto de la ropa. Ya desnuda, coge la esponja, la sumerge bajo el grifo del lavabo, la escurre, después la enjabona y asea su cuerpo lo mejor que puede. Se seca con la única toalla que encuentra a su alcance. Se vuelve a vestir. Descorre las cortinas que cuelgan sobre la bañera y arroja las prendas sucias, que caen fuera del cubo que yace sobre su fondo. Dos años, quizás tres, es el tiempo que ha transcurrido desde



que no la utiliza. La artrosis le impide salvar ese infranqueable muro que la priva de sumir su cuerpo bajo el agua. Por eso, aprovecha los días que pasa, a veces meses, fuera de casa, donde disfruta de un amplio plato de ducha con asideras que le hacen perder el miedo a su fragilidad; de toallas blancas, recién lavadas; esponjas desechables y de un gran espejo, donde su mirada se vuelve transparente, sus cabellos se rehabilitan y las arrugas de su rostro se tornan invisibles.

Sale del baño, vuelve a la cocina y mira el reloj de nuevo: las diez. ¡Qué lento se desliza el tiempo!

Con pasos cortos se dirige a través de un largo pasillo, que contrasta con las pequeñas dimensiones del resto de la casa, hacia la salita. Una mesa baja, un minúsculo sofá y una librería es toda la decoración que arropa el invierno de sus días. Sobre la mesa: adornos, reliquias del pasado. En la librería, colocados aleatoriamente tres marcos de plata: la foto de sus padres; la suya, el día de su boda y la de su hija. El resto lo ocupan una decena de libros, que ha leído una, dos y hasta tres veces. Ellos han ido llenando esos huecos que la vida se encarga de cavar.

Una puerta, que rompe la uniformidad de la pared desamparada de cuadros, conduce a su dormitorio. Una cama, una mesilla de noche y un sillón de reposo llenan la estancia. La cama, todavía sin hacer, muestra unas

sábanas arrugadas, que delatan el tiempo que llevan abrigando el mismo colchón. Sobre la mesilla, un vaso con agua donde pequeñas partículas reposan sobre la superficie y numerosas cajas de medicinas apiladas desordenadamente.

Se acerca a la ventana, retira los visillos. En frente, otras casas. Asoma la cabeza, mira al cielo. Otro día anublado. Siente sus huesos entumecidos. Tendrá que hacer un esfuerzo para salir. Sesenta peldaños se interponen a sus días de paseo. Antes, sus caminatas eran más largas, le gustaba subir por la estrecha calle de San Nicolás, para llegar hasta San Andrés, ascender por la calle Sol y culminar en el Paseo Marítimo, frente a los arenales del Orzán, donde el mar sigue embraveciéndose con cada ola y sus ímpetus renacían, como en un sueño, abrazados con vehemencia a las caprichosas mareas.

Hace más de un año, quizás dos, que la brújula de sus pasos no la guían hasta el océano. Pero ella, no quiere morir sin ver el mar de nuevo. La última vez fue hace dos meses, durante su estancia en la habitación 703. A través de sus grandes ventanales, traspasaban los destellos de la vetusta torre herculina que le recordaban que aún seguía viva.

Mientras espera a que ceda la niebla, estira la ropa de la cama sin hacerla y se hunde sobre el sillón, enciende la radio y la apoya sobre sus castigados muslos faltos de

musculatura. A los pocos minutos el sueño va venciendo el hastío. Las once de la mañana. ¡Qué lento transita el tiempo! Se duerme.

Las campanadas de la iglesia la despiertan, se incorpora despacio, cae la radio al suelo, la música no deja de sonar. Se aproxima a la ventana, luce un sol tenue. Va hacia el armario, se viste con un vestido cualquiera y se calza los viejos zapatos. Coge el monedero y arrastrando los pies se dirige hasta la puerta. Un portazo basta para abandonar por un corto espacio de tiempo su aislamiento.

Es domingo, la ciudad está desierta, sus labios se han abierto sólo para pedir una barra de pan y despedirse con un adiós.

De regreso a casa, siente un vuelco en el corazón. Se asusta, no quiere estar sola. Con esfuerzo, sube las escaleras. Cuando llega al primer piso se detiene frente a una puerta, su fatiga aumenta; llama, nadie responde. Vence el tramo de peldaños que conducen a la segunda planta; otra puerta, pulsa el timbre una vez, dos, hasta tres veces. No contestan. Va perdiendo las fuerzas, las palpitations son más rápidas. Como puede consigue superar el último intervalo hasta su puerta. Introduce la llave en la cerradura, su mano tiembla, hasta que logra abrirla. Se olvida cerrarla. Camina todo lo deprisa que su desaliento le permite hasta llegar a la sala, se aferra al teléfono y marca los tres dígitos que dirigirán su destino. Pocos minutos más





tarde, vienen a recogerla. Cierta ánimo se vislumbra en su rostro. Comienza un nuevo viaje. Nadie sabe que reza por unas sábanas limpias, agua caliente y mesa puesta. Tras la puerta la radio continúa sonando.

Después de los primeros auxilios, la suben a la habitación, no está sola, otra paciente compartirá días de estancia.

Las ráfagas de luz del faro herculino llegan hasta su cama. Se encoge, llora, se emociona, se alegra. Se olvida del tiempo. Se siente afortunada. De nuevo se zambulle en el océano desde su apropiada habitación con vistas al mar.

HABITACIÓN CON VISTAS AL MAR

Primer premio del “VI Concurso de relatos
escritos por personas mayores”,
organizado por la Obra Social “la Caixa”
en colaboración con Radio Nacional de España.

17 de junio de 2014

rne



Obra Social “la Caixa”